

Meditación sobre la Navidad 2021
El buey y el asno ante el pesebre del Niño Jesús

24 de diciembre de 2021
Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la diócesis de Saitama

Llega la Navidad, y estos días millones de hogares cristianos del mundo han cumplido con la tradición de poner su Portal de Belén, para representar de esta manera el nacimiento de Jesús. Una tradición, la de montar el pesebre, que se puede realizar de diferentes formas. Algunos optan únicamente por las figuras principales, es decir, las de San José, la Virgen María y el Niño Jesús junto al buey y el asno.

Pero la mayoría de los Pesebres incluyen otras figuras que se han ido pasando de generación en generación, como los Reyes Magos y los camellos, los artesanos, la lavandera, el soldado romano, los pastores con sus ovejas... o el buey y el asno.

Hoy haremos referencia a estos dos últimos animales que siempre aparecen representados detrás del lecho donde se encuentra el Niño Jesús junto a San José y la Virgen María.

¿Por qué el buey y el asno aparecen representados en el Portal de Belén?

Todo parece indicar que es una tradición que se remonta a los inicios del 'belenismo', es decir, a los tiempos cuando en la Iglesia nació la costumbre de armar los "Belenes o los Nacimientos de Jesús" centrados en el pesebre.

Y este origen tiene como fecha la Navidad del año 1223, cuando San Francisco de Asís creó la representación del nacimiento de Cristo. En aquel momento, Francisco se encontraba en el pueblo italiano de Greccio que está a unos 90 km al sur de Asís bajando hacia la ciudad de Roma. Greccio, es aún hoy un pueblo pequeño de tan solo 1.500 habitantes rodeado de un paisaje natural cubierto de silencio.

A Francisco le gustaba ir allí para estar a solas con la Creación y su Creador. Y allí estuvo Francisco en esa Navidad del 1.223. Eran ya los últimos años de su vida. Su salud estaba delicada, y falleció tan solo tres años más tarde, en 1226.

Al sospechar que su final en esta vida estaba cerca, Francisco tuvo la inspiración de recrear el nacimiento de Jesús, el Emmanuel y Mesías, haciendo partícipe de ello de ese "Belén dramatizado", tanto a los habitantes de Greccio como a los animales.

"Desearía provocar el recuerdo del niño Jesús con toda la realidad posible, tal como nació en Belén y expresar todas las penas y molestias que tuvo que sufrir en su niñez. Desearía contemplar con mis ojos corporales cómo era aquello de estar recostado en un pesebre y dormir sobre las pajas entre un buey y el asno", contaba Francisco, según relata su primer biógrafo, Tomás de Celano. Así podemos decir de que por este motivo el buey y el asno están siempre representados en el Pesebre.

¿Qué representan el buey y la mula junto al pesebre de Jesús? (J.Ratzinger)

Según revela la tradición, el asno representa al animal más humilde de la creación, mientras que el buey tiene la función calentar con su aliento la cuna de Jesús.

Desde entonces, un buey y un asno forman parte de la representación del Pesebre o del Nacimiento.

¿Pero de dónde proceden propiamente estos animales? A primera vista, pareciera que los relatos de la navidad del Nuevo Testamento no nos narran nada acerca de esto.

Pero, si profundizamos esta cuestión, topamos con un hecho que es importante para todas las costumbres navideñas y ,sobre todo, para la piedad navideña y pascual de la iglesia en la liturgia y al mismo tiempo en los usos populares.

El buey y el asno no son simples productos de la fantasía; se han convertido, por la fe de la Iglesia, en la unidad del Antiguo y Nuevo Testamento, en los acompañantes del acontecimiento navideño.

En efecto, en el inicio del libro del profeta Isaías se dice concretamente: «*Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento*»(Is 1.3).

En las representaciones medievales de la navidad, no deja de causar extrañeza hasta qué punto ambas bestias tienen rostros casi humanos, y hasta qué punto se postran y se inclinan ante el misterio del Niño como si entendieran y estuvieran adorando. Pero esto era lógico, puesto que ambos animales eran como los símbolos proféticos tras los cuales se oculta el misterio de la Iglesia, nuestro misterio, puesto que nosotros somos buey y asno frente a lo eterno, buey y asno, cuyos ojos se abren en la nochebuena de forma que, en el pesebre, reconocen a su Señor.

¿A quiénes simbolizan el buey y el asno?¿Quiénes son los que ven realmente?

Cuando nosotros ponemos el buey y el asno en el portal, deben venirnos a la memoria aquellas palabras de Isaías, las cuales no son sólo evangelio -promesa de un conocimiento que nos ha de llegar- sino también juicio por nuestra ceguera actual. El buey y el asno conocen, pero «Israel no tiene conocimiento, mi pueblo no tiene inteligencia».

¿Quién es hoy el buey y el asno, quién «mi pueblo», que está sin inteligencia? ¿En qué se conoce al buey y al asno y en qué a «mi pueblo»? ¿Por qué se da el fenómeno de que la irracionalidad conoce y la razón se halla ciega?

Para encontrar una respuesta, debemos volvernos nuevamente, con los Padres de la Iglesia, a la primera navidad.

¿Quiénes fueron los que no reconocieron y quiénes si los reconocieron a Jesús? Y, ¿Po qué ocurrió así?

Ahora bien, el que no conoció fue Herodes, el cual tampoco comprende nada cuando se le anuncia el nacimiento del Niño. Sólo sabe de su afán de dominio y de su ambición de mando y de la manía persecutoria correspondiente y, por ello, se hallaba profundamente cegado (Mt 2.3).

El que no conoció fue también «todo Jerusalén con él» (Mt2.3). Quienes no conocieron fueron los hombres vestidos lujosamente, las gentes importantes (Mt 11,8). Los que no conocieron fueron los señores sabihondos, los entendidos en Biblia, los especialistas en la interpretación de la sagrada Escritura, los cuales conocían con exactitud los pasajes de la Biblia, y, sin embargo, no entendían una palabra sobre quién era este Niño (Mt 2,6).

Los que le conocieron como el «buey y el asno» fueron: los pastores, los magos, María y José. ¿Podía ser de otra manera? En el establo donde él se encuentra no se ve gente fina, allí están como en su casa, el buey y el asno.

¿Pero qué es lo que ocurre con nosotros? ¿Nos hallamos tan alejados del establo porque somos demasiado finos y demasiado sesudos para ello? ¿No nos enredamos también nosotros

en sabihondas interpretaciones de la Biblia, en pruebas de la autenticidad o inautenticidad, de forma que nos hemos hecho ciegos para el Niño y no percibimos ya nada de él?

¿No estamos demasiado en «Jerusalén», en el palacio, encasillados en nosotros mismos, en nuestra propia gloria, en nuestras manías persecutorias para que podamos oír en seguida la voz de los ángeles, acudir al pesebre y ponernos a adorar?

Así en esta noche nos contemplan los rostros del buey y del asno que nos interrogan: mi pueblo carece de inteligencia, ¿no comprendes tú la voz de tu Señor? Cuando nosotros colocamos las figuras que nos son familiares en el pesebre, debemos pedir a Dios que otorgue a nuestros corazones aquella simplicidad o sencillez que sabe descubrir en el niño al Señor, tal como lo hizo san Francisco en Greccio en el año 1.223

Entonces nos podría ocurrir lo que nos cuenta Celano, con unas palabras muy similares a las de san Lucas acerca de los pastores de la primera nochebuena (Lc 2,20), sobre los que participaron en la celebración de Greccio: todos regresaban a sus casas llenos de alegría (Lucas 2.20).

Nota final: Esta meditación está extraída de un escrito del Cardenal Joseph Ratzinger, publicado en 1983 por Ediciones Sígueme, Salamanca (España) en el libro titulado : “El rostro de Dios”, (“La mula y el buey junto al pesebre” páginas 19-25) o también en el libro : “La bendición de Navidad. Meditaciones” de J. Ratzinger-Benedicto XVI de la Editorial Herder, Barcelona , 2010: “El buey y el asno en el pesebre” (págs.53-69).